

Memorias del asesino

Monster

Con banda sonora de Ismael Berdei



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#legendarium

Colección: Tombooktu Thriller

www.thriller.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Memorias del asesino

Autores: ©2012 Monster ©2012 Ismael Berdei

Responsable editorial: Isabel López Ayllón Martínez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-10-9

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-427-8

ISBN Digital: 978-84-9967-408-7

Fecha de publicación: Octubre 2012

Impreso en España

Imprime: Ulzama Digital

Maquetación: produccioneditorial.com

Depósito legal: M-29091-2012

Para Ismael Berdei, Rosa S. y Enrique Consuegra

A mis padres por apoyarme siempre.
A mis amiguitos (ellos saben quiénes son) y en especial a
Eddie allá donde esté.
A Monster por dejarme ser su *partenaire* literario.
Y a Mochi por su paciencia (especialmente por las noches).

Manual de instrucciones

Esto no es un libro, es una caja de sensaciones que te da la posibilidad de visualizar una historia completa en tu cabeza.

Comienza a leer y atrévete a escuchar simultáneamente su banda sonora. Se multiplicarán las sensaciones, tu mente te llevará por caminos desconocidos que creías olvidados. Serás el protagonista. El asesino se apoderará de tu mente...

Una obra escrita a cuatro manos: las de una perversa mente, la de Monster, que ideó estas memorias y a un temible asesino, Adam Fox; y las de Ismael Berdei, quien ha compuesto el escalofriante leitmotiv que acompaña a la lectura haciéndonos estremecer.

Una auténtica experiencia sensorial en la que música y texto se han servido mutuamente, como un perfecto guión para recrear el interior de la mente del asesino en serie más perspicaz y terrorífico de los últimos tiempos.

No basta con ser, hay que trascender. Y eso es lo que este libro pretende.

Accede a nuestra web y descárgate la banda sonora de *Memorias del asesino* en: www.tombooktu.com/memorias

Índice

I. El tren	17
II. Espectador	19
III. Flota delante de mí	23
IV. Justicia	27
V. ¿Quién soy?	29
VI. La pipa	33
VII. Sin tocarte	35
VIII. La melodía del lago	41
IX. La bicicleta	45
X. Hormigas	51
XI. El latido del camaleón	55
XII. Garabatos	61
XIII. Edward Banks, abogado	63
XIV. El azar	65
XV. Un átomo de hombría	69
XVI. Envejecer	73
XVII. Gusanos	77
XVIII. La metamorfosis del gusano	81

XIX. En el agujero del miedo	83
XX. Una tupida cortina de sangre	87
XXI. Sueño con ello	93
XXII. Cuentos de hadas	97
XXIII. La caricia de seda	105
XXIV. El diablo en persona	107
XXV. Viaje a la oscuridad	113
XXVI. Rompecabezas	117
EPÍLOGO	119

Prólogo

No tengo muchos recuerdos de mi infancia, solo sé que somos más vulnerables durante nuestra niñez y adolescencia, pero ¡demonios!, no me acuerdo de nada hasta los nueve años... Aquel chico me empujó sin motivo de la base de hormigón de una torreta de alta tensión, mi cara quedó como un sello de caucho al besar la tierra y sólo sentí mi amor propio herido porque aterricé frente a la chica que me gustaba. Fue mi primer trauma infantil, violencia y amor unidos de la mano. Sin embargo, no podía permitirme preocuparme del dolor físico, la presión en el pecho era producto de la emotividad que me causaba la posibilidad de hacer el ridículo al pie de aquella muchacha que a mis ojos debía de ser una faraona de nombre Rosa, creo acordarme.

Esta ingenua anécdota viene a colación porque existe una preferencia pesimista de la memoria. La emoción causada por los malos ratos y situaciones tensas tienen más peso específico que los momentos agradables y aunque la lectura siempre debe ser un motivo de satisfacción, estoy seguro de que el lector de *Memorias del asesino* disfrutará, a pesar del continuo desasosiego, de esta controvertida obra y no tardará en aborrecer a Adam Fox, el criminal más retorcido que jamás ha existido, hasta el momento en que lo que sintáis en realidad sea el horror de contemplar tan de cerca el lado más oscuro de un ser humano, aunque puede que tengáis suerte, una ligera brisa en su nuca puede desviarle de su atención, y es que nuestro asesino es así de imprevisible, una sola percepción reflexiva puede plantearle un pensamiento existencial y aniquilar su intención más cruel en ese instante.

Los prólogos lo suelen escribir personas con cierto bagaje literario. Pero estos autores noveles, el escritor al que llamamos *Monster* y el músico Ismael Berdei, pensaron que, ya que esta obra surgió de manera espontánea desde un foro de internet, concretamente en Hispasonic, un portal sobre sonido, música y tecnología, al igual que ellos, era razonable que otra persona anónima de la red, fuera quien escribiera unas líneas. Alguien por supuesto que conozca la trama, sin más condición que la de invitar a la lectura desde las emociones, y ese es mi honroso propósito, no sin antes poner de relieve que estos dos creadores han gestado una excepcional obra sin conocerse previamente y aunando esfuerzos desde la distancia, para concebir que la literatura y la música adquirieran una dimensión diferente en un solo producto.

Mientras *Monster* se dedicaba a idear la personalidad y visión del mundo de nuestro protagonista, Ismael Berdei creaba, con una sincronía excepcional, el ambiente que reforzaba nuestra percepción, de tal manera que ambos talentos se retroalimentaban, configurando un universo en la imaginación del lector oyente absolutamente descriptivo en el que en determinados instantes puedes tocar el horror con las yemas de los dedos, sensación que nunca se había contemplado de manera tan cercana con la lectura de un libro. La experiencia de leer con música sincronizada se la recomiendo a todo el mundo y es una posibilidad que puede tener el lector si así lo desea.

El relato nos muestra un personaje cuyos crímenes no se llevan a cabo de forma similar ni comparten ninguna característica, por lo tanto no nos encontramos ante un asesino en serie al uso. Estamos ante un engendro de la naturaleza, sin un mecanismo psíquico que le conduzca a transformarse en un homicida, simplemente, es un ser para quien la contemplación de la agonía es parte de la razón de nuestra existencia.

Y pensaba yo que no sé si sería más conveniente que escribiera el prólogo alguien con un menor grado de sensibilidad, alguien que no hubiera padecido de insomnio ante la turbación que le causaba la lectura de algunos capítulos de *Memorias del asesino* reforzada por la prodigiosa música ambiental. Francamente, esta obra no es para todos los públicos. Si a usted le afectan las

emociones fuertes producto de la ficción, absténgase de iniciarse en este camino sobrecogedor, pero si usted es un lector con una implicación equilibrada y con ganas de sentir cosas, no se arrepentirá de conocer, desde la distancia, a Adam Fox.

Esto no es un galeato, ni intento utilizar técnicas desfasadas de *marketing* basadas en el morbo que le pueda causar con mis palabras. *Memorias del asesino*, no les voy a engañar, es un relato crudo, un viaje al horror con banda sonora incorporada en el que usted debe decidir en qué parada se apea. El tren inicia su marcha en el capítulo uno y yo decidí recorrer las veintiséis estaciones porque la historia me resultaba enormemente atractiva, me fascinaba la descripción de la maldad, incluso me sentía afortunado de estar vivo tan cerca como llegué a estar del monstruoso señor Fox.

No sé, yo voy a levantar la barrera, ya escucho cómo se aproxima la máquina infernal por las vías, allá ustedes...

Enrique Díaz

I

El tren

Tenía una hermana, Lidia, tres años menor que yo, a la que no le gustaba estar sola, y cada vez que me iba al campo a jugar solía venir conmigo. Yo me alejaba más y más, siempre un poco más lejos. Me fastidiaba su presencia y disfrutaba al verla asustada. Además, sentía una curiosa sensación en el estómago cuando la veía debatirse entre seguirme y volver sola a casa.

Recuerdo muy bien su carita miedosa, mirando adelante y atrás, imaginando cuál de las dos opciones sería la peor. Yo no le contestaba casi nunca, hasta que consideraba que ya habíamos andado lo suficiente. Entonces, cuando me volvía a preguntar hasta dónde pensaba alejarme, le decía que hasta el fin del mundo. Eso la asustaba. Era fácil hacerla llorar y verla me divertía.

Un día nos alejamos tanto que llegamos hasta la vía del tren. El cielo estaba nublado y la pequeña me miraba recelosa, pero con mi rostro, al que ya había enseñado con tanta destreza a simular falsedades, la tranquilicé haciéndole gestos de confianza. Ese día la llevé con engaños, le decía una y otra vez que sólo quería ir un poco más lejos, pero sin advertirla de la verdad.

Me gustaba buscar bichos y hacer agujeros y solía llevar una caja de cerillas y una botella de plástico vacía de algún detergente. Uno de mis pasatiempos favoritos era prenderle fuego y dejar caer ese fuego pegajoso sobre los matorrales y hormigueros del suelo en un bombardeo plástico que tardaba en apagarse.

Mientras yo encendía la botella, mi hermana solía alejarse. Le daba miedo que le cayeran gotas de plástico ardiendo, como ya había ocurrido alguna vez. Pero ese día no esperaba aburrida. Estaba curioseando, entusiasmada, entre los gruesos tornillos de los raíles. Le dije que esas vías las recorrían vagabundos que se habían hecho ricos encontrando bellos diamantes escondidos durante la guerra. Lidia rebuscaba, de espaldas a la dirección en que venían los trenes, que pasaban por allí muy de cuando en cuando.

Yo me encontraba a unos quince o veinte metros cuando escuché el ruido apagado y profundo del tren que se aproximaba. La miré, pero mi hermana seguía absorta entre los raíles sin que pareciera haberse dado cuenta del peligro que estaba corriendo.

Me quedé parado, completamente inmóvil. El ruido se hacía más estridente y las gotas de plástico encendidas seguían cayendo de la botella formando un pequeño montículo de fuego sobre el suelo que yo no veía.

Entonces apareció el tren de entre los árboles frondosos que crecían junto a la curva que había a su espalda. No dije nada, y el tren se seguía aproximando. Una extraña sensación en el estómago me impedía moverme y no podía apartar la vista de las enormes ruedas que giraban. Me parecieron tremendamente poderosas.

Cuando pasaron por encima de mi hermana no hicieron casi ningún ruido, apagado por el sonido atronador del tren que parecía ocupar un plano más elevado de la consciencia. Me aproximé y me puse en cuclillas sobre el suelo a observar en lo que se había convertido.

Así pasé mucho rato.